

El Catolicismo de Don Juan Valera

Sucede que las ciencias del espíritu se afinan y se depuran cada vez con mayor cuidado. Dígalo la revista franciscana *Verdad y Vida* que se edita en Madrid en San Francisco el Grande y que nos sorprende a cada uno de sus números trimestrales con estudios profundísimos de muy varia lección y disciplina, ya en materia teológica y de Escritura, ya en patristica y misticismo, ya en temas puramente literarios como el consagrado al sentido católico de don Juan Valera por el padre Juan Bautista Gomis.

Hace muchos años que estudio y me atrae la figura del autor de *Pepita Jiménez*. En más de una ocasión discurrí acerca de su espíritu y su obra total. Mío es el extenso prólogo a la edición de Aguilar y mi nombre modesto aparece más de una vez entre los testimonios aducidos por el padre Gomis. Pero él, como religioso franciscano y teólogo, tiene mucha más autoridad que yo para dictar sentencia definitiva en punto de tan capital importancia.

Alguien se atrevió a motejar a Valera de volteriano y de incrédulo. La verdad es que fué católico y creyó en Dios y en todo lo que nos manda creer la Santa Madre Iglesia. Si antes cabían sus dudas en la conciencia de los escrupulosos, ahora, después del sabio alegato del padre Gomis, todos han de reconocer en la vida y en la producción literaria de nuestro polígrafo inmortal un sentido católico que responde a su condición de creyente.

Estudia el padre Gomis las posibles influencias de Voltaire sobre Valera y se complace en sentar que fueron escasas y se limitaron tan sólo a lo literario y estético, sin que afectaran nunca a lo doctrinal, al optimismo irónico, y al revés del *Cándido* y el *Micromegas*. Otro fundamento del catolicismo de Valera lo encuentra el sabio comentarista en su amistad con Menéndez y Pelayo, a quien nadie podrá negar su condición de católico «a macha martillo» y en quien se afianza y se sostiene la reintegración actual de los valores tradicionales a la corriente de nuestro pensamiento católico y español.

Que el crítico formidable de nuestro siglo XIX no fué jamás escéptico lo prueba el franciscano ilustre con un análisis muy nutrido de lo que significaron en España los neocatólicos, o simplemente los «neos», como en lenguaje corriente y un tanto despectivo se les calificó. La doctrina, aclimatada entre nosotros por Donoso Cortés,

marqués de Valdegamas, viene a ser la que desarrollaron en Francia Bonald, De Maistre, el Lammenais anterior a la apostasía, el padre Ventura Raúlica, Bautin, Bonnetty y otros autores que están en la memoria de cuantos han pensado en esta manifestación de las ideas y de la cultura filosófica del XIX. Acusa toda esta corriente un escepticismo que el propio Valera reconoce. Escéptico es el que duda del poder de la razón para conocer la verdad y la realidad de las cosas, y como la doctrina tradicionalista en el sentido de Bonald niega a nuestras facultades racionales alcance cognoscitivo, resulta que los partidarios de la escuela eran escépticos ni más ni menos que Pirron, Enesidemo y Sexto Empírico. El tradicionalismo filosófico quizá sea lo más pasado del siglo XIX, lo que conserva menos elementos aprovechables de vida para la inteligencia, el sentir, las doctrinas y la acción del tiempo presente.

Reintegrado don Juan Valera por el padre Gomis al más puro, sano y ortodoxo catolicismo español, revive y, con gran contento mío se impone como verdadera una teoría que hace años me atreví a sostener en mi libro *La civilización en peligro* publicado en 1928 durante la gloriosa Dictadura del general Primo de Rivera: y es que así como uno de los Nissard habló del triunvirato del siglo XVI con los nombres Escalígero, Cassaubon y Justo Lipsio, sería posible, para los menesteres del alma y la cultura, formar un triunvirato español no enteramente del siglo XIX, sino de la Restauración y la Regencia (1875-1902) con don Juan Valera, Menéndez y Pelayo y la condesa de Pardo Bazán. El autor inmortal de los *Heterodoxos* está ya incorporado en el magno movimiento español a la empresa de la sabiduría. El alma, como de mármol griego, del coloso *Aprendiz de helenista* se reintegra al catolicismo para la opinión general y del mundo con los argumentos irrefutables del teólogo franciscano padre Gomis. De la condesa de Pardo Bazán hablaré otro día. Y todo por las teorías de pensamiento y sólida erudición que expanden desde su revista los franciscanos de San Francisco el Grande.

Luis Araujo-Costa.

(«A B C» de Sevilla, 18-5-944).

